

NOTICIARIO

Revista científica, artística y literaria de EL ANUNCAIDOR

TOMO I

MAHÓN 18 SETIEMBRE 1888

NÚM. 5

SUMARIO

- I. El Trabajo.—II. Las Bodas de Oro.—III. Población (*conclusión*).

EL TRABAJO

La miseria rara vez llama á la puerta del hombre que trabaja; al paso que halla fácil entrada en la casa del perezoso.

(Original de mi inolvidable padre D. Antonio Vinent y Mascaró, en sus *Elementos de Gramática Castellana*, impresos en 1869.)

No es nuevo decir que el trabajo es la fuente de las riquezas y del progreso; á él debemos la prosperidad y los adelantos que inmortalizan al hombre y glorifican los siglos. Gracias á un asíduo y constante trabajo, Gutemberg descubrió la imprenta, Cervantes produjo un Quijote, Francklin dominó el rayo y Cristóbal Colón nos regaló un mundo. Al trabajo se debe todo. Él moraliza al hombre, apartándole del vicio y salvándole del crimen.

Hay sin embargo quien mira con desdén, y casi con desprecio, al que tiene necesidad del trabajo para atender á su subsistencia; los que tal hacen no hay duda alguna que deben carecer de aquellos conocimientos destinados á ser la base de nuestra educación, y que



forman el alma é ilustran el espíritu; pues solo á la ignorancia puede ser debido semejante absurdo.

¿Quién puede despreciar al que trabaja? ¿quién puede mirar con ofensivo desdén al que con el sudor de su frente gana el pedazo de pan que dá á sus hijos? Que se desprecie al gandul, al estafa, al usurero, al que vive á costa ajena; pero no al hombre laborioso, que con un constante trabajo, sea manual, sea intelectual, obtiene los medios de atender á las necesidades de la vida.

El trabajo enaltece al hombre, haciéndole útil á él y á sus semejantes; dichoso el que teniendo que vivir de su trabajo, lo hace con fé y ardor, sin avergonzarse de su estado y condición, con tal que la santifique el *trabajo*.

No hay duda que existen seres privilegiados: los que naciendo en elevada esfera pueden gozar de las comodidades de la vida, sin tener necesidad de recurrir al trabajo. Aun estos deben, por lo común, á la inteligencia y laboriosidad de sus mayores el bienestar de que disfrutan; y el que no puede gozar de aquella posición, en vez de mirarla con envidia y animosidad, debe procurar que le sirva de estímulo, para llegar, á fuerza de trabajo, á alcanzar una existencia cómoda y desahogada.

El trabajo, ya lo hemos dicho, santifica al hombre; el que trabaja por lo común no será un borracho, no será un jugador, no será un ladrón; pues sabe y tiene los medios de vivir con honra y paz en su hogar venerado.

El trabajo dá alegría, robustez, salud; nadie conoce mejor el precio de un día de descanso que aquel que trabaja toda la semana; nadie conoce mejor el valor del dinero que el que lo gana trabajando.

Bendito sea el trabajo, origen de todo bien, fuente de toda riqueza; gracias á él nuestra mente se ilustra, nuestro corazón se forma, nuestra alma se regenera; nuestro cuerpo se alimenta con sus frutos, nuestros ojos se deleitan con sus bellezas. Gracias á él la opulenta dama puede lucir brillantes y lujosas sedas; sin él la modesta arte-

sana no podría ostentar honrosamente los bellos atavíos, que tanto la halagan y que tanto valor le dan, cuando son debidas al fruto de su trabajo.

Bendito sea, una y mil veces, el trabajo, que santificando al hombre, le aparta del vicio y le salva del crimen.

A. MARCELINA VINENT.

LAS BODAS DE ORO

Vivían ambos en una casita baja cerca de Avignon. Él estaba arrugado, encorvado y torcido como un viejo olivo, y ella, con su rostro atezado y sus cabellos blancos, se conservaba aún erguida y fuerte.

Estaban á punto de celebrar sus bodas de oro, pues hacia cincuenta años que se habían casado; él tenía setenta y uno, y ella solamente sesenta y ocho.

¡Cuánto se amaban, y qué bien se comprendían!

La Teresita conocía todas las manías del viejezuelo, le preparaba buenos platitos y le enviaba al café para que se distrajere; él, por su parte, estaba lleno de atenciones para su Teresita, le evitaba las corrientes de aire, los trabajos penosos de la casa, y cada día se les veía salir uno al lado del otro, buscando el sol para calentar su vieja sangre. Tenían un *mas* en medio de las viñas, y ésto constituía su gran riqueza. Cuando llegaba el momento de la vendimia, iban á instalarse en su propiedad para vigilar los trabajos. Por fortuna, la filoxera no había atacado la viña, y cada año los buenos ancianos recogían su pequeño beneficio; economizaban con gusto, no por ellos, ¡pobrecitos! pero tenían un hijo... un hijo adorado!

Por él habían hecho los mayores sacrificios; y después de su bachillerato penosamente obtenido, después de dos calabazas, le habían mandado á París, esperando que la gran ciudad haría de él un hombre célebre y rico.

Los campesinos, sobre todo los ancianos, los que tienen todavía miedo del ferrocarril, creen que Paris no debe forjar más que grandes hombres, gloriosos y millonarios.

Los viejecitos tenían pues un interés, una pasión: su hijo único, partido hacia ya mucho tiempo para la capital, como dicen todavía en Avignon!

Cada mes llegaba una carta más ó ménos detallada, acabando siempre con una demanda de dinero, puesto en posdata, eso sí, muy discretamente...

Y sin embargo, Rogerio era un hombre de Bolsa! lo que parecia extraordinario á la buena Teresa. Durante los últimos ocho dias del mes, el viejecito y su mujer prolongaban su paseo, yendo al encuentro del cartero con paso acelerado.

El cartero les conocia muy bien, y palabra de honor! apresuraba el paso cuando habia carta del *Parisiense*, como llamaban á Rogerio, sabiendo que en cambio le esperaba un vaso del mejor mosto. Esta vez Rogerio habia prometido ir al país para las bodas de oro de sus padres. Hacia cinco años que no habia ido á abrazarles, siempre prometiendo y diferiendo siempre su visita de la primavera al otoño.

Pero, esta vez, era sagrado!... *Las Bodas de Oro!* Todo el mundo lo sabia: el cura, los innumerables primos, los vecinos, los amigos; todo Avignon se regocijaba. Ya se habia pensado en que el *Petit Journal* hablaria de ellas! Se estaba en el rigor del verano, y á pesar del calor del dia, los buenos ancianos habian partido por la carretera, esperando impacientemente la noticia de la llegada de Rogerio; su cuarto estaba dispuesto, y en el fondo de la bodega se encontraba una buena cantidad de botellas de excelente vino, y toda clase de conservas guardadas cuidadosamente para él. El anciano se limpiaba el sudor de la frente y la pobre madre parecia oprimida, mientras ambos iban animosamente á encontrar la dicha que les esperaba.

En fin, de léjos, á pesar de la debilidad de sus ojos, un poco apa-

gados, habían reconocido la blusa azul del cartero; y, acercándose más, le habían visto agitar una carta por encima de su cabeza, el sobre parecía radiante, herido por el sol del mediodía.

El espacio fué pronto salvado, y el viejecito se apoderó de la dicha carta, mientras que la Teresa buscaba sus anteojos y se sentaba en el pretil de la zanja.

Ella era la que sabía leer mejor.

El sobre fué abierto con cuidado, y el anciano lo cogió, lo observó, lo palpó, feliz de tener aquel frágil papel que venía *del pequeño*, como llamaban todavía á Rogerio, quien tenía sin embargo cabellos bastante grises.

«Queridos y amados padres, empezó Teresa con voz pausada y conmovida.

«Esta es la última carta que os escribo, porque voy á morir.»

La Teresa se detuvo, las lágrimas nublaban sus ojos.

«Está enfermo! dijo el padre. Continúa.

«Debo decirlos la verdad, mis buenos padres; soy hombre perdido; he jugado á la Bolsa seguro de ganar, pero en una hora todo ha cambiado, el alza ha venido.

«Qué es esto de *el alza*? dijo Teresa con tono rencoroso. Y prosiguió:

«El alza ha venido y lo he perdido todo. Voy á matarme, porque he tomado 30 000 francos de la caja de mi principal; os juro que estaba seguro de ganar; hubiera querido compraros aquel hermoso campo de olivos que está cerca del *mas*, era una fortuna segura; pero la desgracia me ha perseguido y van á llamarme ladron!... Pero, antes habré muerto. «Perdonadme, y rogad por mí!... Sin esta alza...» Había algunas líneas más, pero Teresa, que se sentía desfallecer, no pudo leerlas. Sus pequeños ojos negros se velaban, y un estremecimiento visible agitaba los músculos de su cuello y de sus sienes. El anciano mostraba el puño al horizonte, murmurando maldiciones contra el *alza*!

¡Qué carta más terrible, cuando esperaban tanta felicidad!

La Teresa no había dicho nada durante algunos minutos; ella pensaba.

Hay el telégrafo,—sabes?—que trasmite las noticias más pronto que el caballo de Bancasse; vamos allá para decir al pequeño que nosotros pagaremos la cosa.

Sí, mujer, pero cómo?

¡Venderemos el *mas*! ¿Acaso no es suyo? añadió la madre, para excusar la locura de su hijo, ¿no es él nuestro único heredero?

Después volvió á leer la carta.

¡Si fuese muerto!... ¡Dios mío!

Y apresuraron el paso, andando sin medida, sin cambiar una sola palabra, perdidos en sus pensamientos.

Llegaron al telégrafo, donde el empleado pasó la pena negra para redactar el despacho:

«Mandamos dinero, ánimo, vuelve.»

Aquella misma tarde el anciano dió los pasos necesarios para vender su heredad á un vecino que la codiciaba; pero éste, comprendiendo la necesidad que acosaba al pobre viejecito, se mostró poco generoso.

Quiso, sí, darle el dinero; pero lo exigió todo, hasta la casita baja, hasta los muebles, hasta la última camisa.

Los ancianos vacilaban.

El cartero trajo una carta, también con un gran sobre blanco que rompieron temblando.

«Gracias, queridos padres, os debo la vida por segunda vez; vuestro telégrama ha llegado cuando iba á matarme. Iré á daros las gracias y celebraremos vuestras *bodas de oro*.

Vuestro afectísimo hijo,

Rogerio.»

No vacilaron ya, y al día siguiente todo estaba vendido, excepto un burro viejo y pelado, que no había querido seguir á su nuevo propietario. Los pobres ancianos dijeron que se retiraban á casa de unos parientes, que vivían en los alrededores.

Y los dos partieron al ocultarse el sol en el horizonte; pausadamente, arrastrando sus fatigosos piés, que se pegaban al suelo que los había visto envejecer! No se atrevían á volverse, avergonzados de su dolor; ¡pero... su sacrificio había rescatado la vida de su hijo.

El campanario se dibujaba todavía entre la bruma de la tarde, y los dos, sin atreverse á decirselo, pensaron que, algunos días más tarde, las campanas debían haber tocado por ellos, por sus *bodas de oro*.

Detuviéronse en una casa de pastor, esto es, en un carruaje cubierto abandonado en medio de los prados.

En un campo vecino había algunas gavillas, y con mucho trabajo el anciano las trasportó á su estrecho carruaje.

Sin decir palabra, se tendieron sobre la humilde paja, pero sin cerrar los ojos, sin poder olvidar su dolor!

El día siguiente, al despuntar del alba, ambos se fueron á un cortijo á pedir trabajo.

Una muchacha linda, de robustos brazos, soltó al verlos una fresca carcajada! En efecto, qué es lo que querían, qué podían hacer aquellos pobres ancianos?...

Ellos mismos lo comprendieron; y volviéndose al carruaje, que les había servido de asilo, las manos de ella entre las manos de él, se tendieron sobre la paja cerrando los ojos.

Pero pronto el hambre les torturó, haciéndoles delirar.

El alza... el alza... murmuraban con espanto, y con una voz que se apagaba.

Rogero volvió para las *bodas de oro*! los 30.000 francos le habían salvado; los había jugado ganando 100.000.

Gozoso se iba á Avignón; pero al llegar, en vez del alegre repique de la campana que anuncia una fiesta, oyó doblar lúgubremente á muerto.

Los dos féretros de los viejecitos estaban allí!

Los habían hallado muertos de hambre... pobrecitos... víctimas del alza!... el mismo día en que debían celebrar sus *Bodas de oro*!

JACK MORAND.

(Traducido por S.)

POBLACIÓN

(Conclusión) (a)

Del *Journal Officiel* de 19 de Abril de 1874 tomamos el siguiente cuadro, que contiene la población europea:

| POBLACION DE EUROPA | | |
|---|------------------|--------------------|
| PAISES | Millas cuadradas | Habitantes |
| Imperio alemán, Países Bajos, Bélgica y Suiza | 11.793 | 51 202.000 |
| España y Portugal | 10.823 | 19.503.000 |
| Francia | 9.570 | 36.417.000 |
| Italia y Malta | 5.161 | 25.518.000 |
| Gran Bretaña é Irlanda | 5.762 | 30.534.000 |
| Austria-Hungria | 11.305 | 35.943.000 |
| Suecia, Noruega, Dinamarca é Islandia | 16.358 | 7.755.000 |
| Rusia de Europa | 99.185 | 68.262.000 |
| Turquia de Europa, Grecia | 10.231 | 20.511.000 |
| TOTAL | 180.118 | 295.445.000 |

Los siguientes datos del *Annuaire de l'économie politique* (1859 y 1860) prueban las diferencias de poblaciones entre los estados alemanes:

| HABITANTES POR KILÓMETRO CUADRADO | | | |
|--|------------|---------------------------------|------------|
| ESTADOS | Habitantes | ESTADOS | Habitantes |
| Reino de Sajonia | 145 | Brunswick | 73 |
| Ducado de Sajonia-Altemburgo | 101 | Prusia | 68 |
| Hesse-Gran-Ducado | 101 | Baviera | 60 |
| Nassau | 94 | Austria | 59 |
| Lippe | 92 | Hannover | 47 |
| Bade | 87 | Oldemburgo | 46 |
| Wutemberg | 86 | Mecklemburgo-Schwerin | 41 |
| Hasse-Cassel | 76 | Mecklemburgo-Strélitz | 35 |

(a) Véase la pág. 24 (N.º 3).